



Revista de Ciencias Sociales (Ve)
ISSN: 1315-9518
cclemenz@luz.ve
Universidad del Zulia
Venezuela

Rodríguez Kauth, Ángel
La izquierda Argentina: nuevamente el fracaso
Revista de Ciencias Sociales (Ve), vol. X, núm. 3, diciembre-marzo, 2004, p. 0
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28010311>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

La izquierda Argentina: nuevamente el fracaso

Rodríguez Kauth, Angel *

* Profesor de Psicología Social y Director del Proyecto de Investigación "Psicología Política" en la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis, Argentina.

E-mail: akauth@unsl.edu.ar

Resumen

A partir de los acontecimientos políticos y sociales ocurridos en Argentina desde finales de 2001, se estudia el papel protagónico que tuvieron las diversas organizaciones en que se ha atomizado la izquierda vernácula. Esto es no sólo en el plano electoral, sino también en el de las movilizaciones junto a la participación popular que reclamaba su presencia.

Palabras clave: Fracaso, izquierda, Argentina, abismo.

Argentinean Left: Failure Again

Abstract

Given the political and social events that have occurred in Argentina since December 2001. the protagonic role of various organizations in the atomization of the vernacular left are studied. This study is not only on the electoral plane, but also refers to the movilizations of and participation of people claiming a presence.

Key words: Failure, left, Argentina, abyss.

Recibido: 15-08-04. Aceptado: 12-11-04

Introducción

La conducta habitual y el consecuente quehacer político de las diferentes organizaciones partidarias -en que se han atomizado las organizaciones de izquierdas en la Argentina- actúan como una suerte de paradojas que se suceden en la vida política de cada una de las múltiples -y pequeñísimas- organizaciones en que aquellas se fraccionaron. La paradoja estriba en que lo que menos les interesa -a cualquiera de ellas- es tener una posibilidad cierta de acceder al poder. Al respecto, recuérdese que desde cualquier teoría política que se busque no deja de señalarse que las organizaciones políticas -bajo la forma de partidos o de movimientos- se estructuran con el propósito final de alcanzar y asumir

al Poder, para de tal manera poner en práctica y ejecutar sus propuestas ideológicas desde la gobernabilidad; realizando todo esto en un tiempo prudencial acorde a cómo se perciba la realidad por la cual estén atravesando su contingencia.

Sin embargo, tan sencillo postulado político en la Argentina esto no se produce ni se atiende con la infinidad (1) de partidos y supuestas organizaciones que dicen representar -cada una independientemente de lo que haga otra- a la izquierda e, inclusive, al pensamiento "progresista". Al referirme a la izquierda, ha de tenerse en cuenta mínimamente que ella es entendida como una concepción política humanista y progresista; que ha luchado -y dice seguir haciéndolo- por levantar las banderas que representan a las demandas de los individuos, colectivos y los sectores sociales más desprotegidos socialmente y, con simultaneidad, pretende romper con el statu quo imperante de un orden retrógrado, conservador, y muchas veces escondido tras un ropaje populista; a la par que ellas son es anticapitalistas y antiimperialistas. A todo lo cual se le debe añadir una fuerte vocación laicista y anticlerical (Guisán, 1993).

Si bien es cierto que en la actualidad postmoderna y globalizadora se han corrido los puntos de referencia de lo que tradicionalmente se conoció como "izquierda" y "derecha" en política (Rodríguez Kauth, 2001; 2004), no es menos verdadero que en las representaciones sociales de contenidos políticos e ideológicos, ambas son consideradas como antinómicas entre sí. Esto es debido a que mantienen sus clásicas rivalidades de objetivos y propuestas, cuyos orígenes se remontan desde la época de la instalación de la Convención Constituyente de la Revolución Francesa.

Más allá de aquel corrimiento de referentes (2) que se produce a nivel internacional (Bobbio, 1979; Dubiel, 1994 y D'Adamo y García Beaudoux, 1999), en Argentina se mostró bien representado con algunas estructuras llamadas "socialistas", como la del Partido que condujo hasta su muerte -en 2002- Alfredo Bravo. Pero también coexisten diferentes fracciones de la izquierda que se han atomizado en partículas sin mayor relevancia ni presencia política en el espectro ideológico nacional. Tal es el caso del tradicional Partido Comunista, el cual se metamorfoseó con sentido oportunista (Ferrater Mora, 1975) bajo el nombre -paradójico- de Izquierda Unida; otro tanto ocurre con el Partido Obrero -de raigambre trotskista- y de algunas organizaciones menores que se adjudican el mote de socialistas agregándoles algún aditamento al sustantivo para adjetivarlos, como así también del reciente creado Partido Autodeterminación y Libertad que es conducido por el diputado nacional Luis Zamora, quizás el único político de la izquierda creíble para amplios sectores electorales que dicen ser independientes, pero en

definitiva adhieren a las propuestas progresistas de la izquierda.

La izquierda argentina trae consigo una larga y fructífera historia desde finales del siglo XIX, aunque no por ello sin que hubieran existido fragmentaciones desde sus orígenes, tales como el socialismo propiamente dicho, el anarquismo y el comunismo. Los dos primeros hegemonizaron la adhesión por la izquierda para los finales decimonónicos y, luego de la década de los años 20 se les sumó el último, que había hecho su aparición al escenario político internacional con la Revolución bolchevique en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

De tal suerte, y gracias al apoyo que se supo ganar por la transparencia y honestidad de sus principales referentes, el socialismo argentino logró una nutrida y notable representación parlamentaria, no sólo por lo numérica sino fundamentalmente por la calidad política de sus representantes que en más de una oportunidad pusieron en jaque a los gobernantes conservadores de entonces. Mientras tanto, el anarquismo jugaba sus cartas más fuertes dentro del ámbito gremial, cosa que hiciera con posterioridad el comunismo cuando se incorporó a la vida política nacional como un desprendimiento del tronco socialista fundado en 1895, aunque sin por eso descuidar al ámbito parlamentario. Es decir, la Argentina lleva sobre sus espaldas una tradición de fuerte apego de los sectores obreros -y también los intelectuales- por los partidos de la izquierda.

Aquella fue una tradición -e influencia- que se comenzó a perder con el arribo del peronismo al poder -en 1946- que, o bien eliminaba a los dirigentes y militantes de tinte izquierdista de una manera violenta -lo cual incluía no solamente la tortura, sino también la muerte, como ocurrió con el dirigente comunista de la Ciudad de Rosario R. Ingalinella o con la desaparición física de aquellos que se manifestaban públicamente contra el régimen, tal fue el caso del estudiante Bravo (Rodríguez Kauth, 1994), o los cooptaba en su favor aprovechando la vocación "oportunista" de muchos de aquellos dirigentes que se decían de izquierdas pero que estaban prestos a servir a cualquiera con tal de alcanzar una posición de poderío formal que les dieran luces a sus figuras opacas.

Esto fue lo que sucedió por aquellos años no solamente con la izquierda, sino también con los otros partidos de la oposición al régimen, entre muchos otros episodios como fueron la persecución y la puesta en cárceles que debieron soportar algunos legisladores de la Unión Cívica Radical, cabiendo citar únicamente -para no abundar en detalles- los casos de Raúl Balbín y Arturo Frondizi ([3](#)). Más, para el desarrollo que aquí interesa, baste considerar que el peronismo asestó un golpe mortal a la izquierda argentina con las maniobras mencionadas, aunque haciéndolo siempre con la complicidad de dirigentes

izquierdistas venales y de militantes de base que prefirieron abandonar las banderas de la lucha revolucionaria -o al menos reivindicatoria- por las más cómodas de "pan y circo".

Desde el alejamiento del peronismo del gobierno por su derrocamiento -en 1955 merced a un golpe cívico-militar que acabó con lo que se llamó la segunda "década infame"- aunque no así del poder, ya que siempre se mantuvo cercano a algún grupúsculo militar que estaba ansioso de poderío. Entonces fue que la izquierda se zambulló en el debate de discusiones inútiles y estériles que en nada aportaban para recuperar el protagonismo político y social que se había perdido. La principal de aquellas discusiones estuvo centrada -y aún hoy continúa en algunos círculos más académicos que políticos- acerca del papel que jugó la izquierda vernácula en el período 1946-1955, en especial referido al rol de los intelectuales. Tales debates intestinos la llevaron a sufrir permanentes fracturas entre las organizaciones de izquierda. De entre todas ellas sólo se mantuvo incólume el Partido Comunista, merced al apoyo que recibía desde Moscú y que no le permitía alejarse de los propósitos que les eran bajados verticalmente por la conducción moscovita. Vale destacar que pese a tales apoyos -o quizás debido al mismo- es que el comunismo nunca pudo sentar una presencia activa y mayúscula entre el electorado nacional, ni siquiera entre los sectores obreros que se sentían más cómodamente representados por el peronismo cuyo discurso era plano y sin que los "obligara" a leer los pesados textos de Marx o Lenín.

Aquí es preciso señalar -para mejor comprender la situación- que con la desaparición del anarquismo en el panorama de la vida gremial y política quedó un vacío de protesta inteligente muy difícil de llenar. A todo esto cabe anotar que en la actualidad la izquierda - cualquiera sea su orientación y aditamentos que utilice- se encuentra en una suerte de marasmo crónico que la mantiene internada en una sala de terapia intensiva, con pronóstico "reservado" acerca de su evolución (4). Ello es consecuencia de que su enfermedad la está arrastrando a una crisis terminal, como ocurre con todo objeto animado o ideológico que padece una enfermedad auto-inmune; esto significa que no es capaz de generar los anticuerpos necesarios como para iniciar una recuperación.

Pese a ello, recientemente -después de los trágicos episodios de diciembre de 2001, que costaron la vida a decenas de militantes populares y que también arrastró al derrocamiento del gobierno autista encabezado por De la Rúa- la izquierda argentina tuvo una oportunidad histórica inigualable de recuperar su protagonismo político. El mismo le fue servido en bandeja cuando en esos momentos se produjo un vacío de poder político con la expulsión, por obra de un pueblo de ser estafado no sólo en su economía, sino por discursos vacíos, del Presidente De la Rúa a causa de una movilización popular -que sólo tiene antecedentes semejantes en el 17 de octubre de 1945, cuando una masiva

movilización popular llevó a Perón al primer plano político y eso le sirvió para catapultar su candidatura presidencial meses más tarde- y que a su vez se encontró motivada por la falta de representatividad -y de legitimidad- dentro de la población de los dos partidos que durante más de medio siglo habían hegemonizado al quehacer político nacional, es decir, el partido -o movimiento, como gustaba de llamarle su líder histórico- peronista junto al radicalismo.

En aquellos momentos -aún cercanos en el tiempo- el clamor popular mayoritario se expresaba al compás de las cacerolas con un ensordecedor grito que decía: “¡Que se vayan todos!”. Por fin la ciudadanía se sintió -en muchos años- soberana de sus actos y sus vidas (5) y puso en funcionamiento el ejercicio de asambleas populares -de tipo horizontal- en las que proponían no sólo no abandonar aquella consigna hasta que se lograra que se fuesen todos los políticos corruptos y, mientras tanto, simultáneamente se proponían las alternativas y la forma en que serían reemplazados aquellos dirigentes que debían irse del escenario político por no haber representado cabalmente a los *sentipensamientos* (Galeano, 1985) del imaginario popular. Se trataba de un imaginario construido sobre la base de representaciones sociales (Moscovici, 1981 y 1965; Crespo Suárez) surgidas de la necesidad de interpretar el sentido de una realidad que la apabullaba. Todo esto se mancomunó en sus protestas reclamando ser escuchados, pero que tenía como interlocutor a un gobierno -que bien puede ser calificado psicopatológicamente como de autista- y que consecuentemente no tuvo la voluntad de oír aquella demanda que venía de las entrañas de los sectores que dos años antes lo habían llevado a gobernar (Rodríguez Kauth, 2001b).

Pues bien, las organizaciones de izquierda encontraron -casi al azar- que estaban teniendo la oportunidad histórica de reivindicarse con el pueblo de sus errores de casi medio siglo, se encargó rápidamente se encargó por desactivar la marcha autónoma de las asambleas populares que exigían la presencia de figuras nuevas en la política a la par que reclamaban la inmediatas disolución del Parlamento y de la Suprema Corte de Justicia de la Nación como la forma de alcanzar tal logro. Al primero por su notoria irrepresentatividad debido a que sus miembros continuaban haciendo uso de las viejas artimañas políticas perversas de las cuales hicieron gala durante los años posteriores a la recuperación de la vida democrática -en 1983 (6)- para la vida política nacional. En tanto que a la segunda institución se quiso el alejamiento de sus miembros por considerárselos adictos al menemismo, a la vez que incapaces como para ocupar tan alto sitio (7) como ocurría -valga como ejemplo paradigmático, entre tantos muchos con quién la presidía, el Dr. Julio Nazareno- cuyo único antecedente en la carrera judicial fue en algún momento haber sido socio en un estudio jurídico y, a la vez íntimo amigo del exPresidente C.

Menem.

El episodio de las asambleas populares que se realizaban en distintos barrios de la Ciudad de Buenos Aires -y que se reproducían en el interior del país de una manera desconocida históricamente- merece una consideración especial para comprender el pobre papel que en ellas tuvieron las organizaciones de la izquierda al intervenir en las mismas. De tal modo téngase presente que en las asambleas estaba prohibido que accediesen a sus sesiones a quienes representaban a los tradicionales partidos que tanto daño le hicieron al país en los últimos tiempos. Sin embargo los dirigentes de la izquierda eran bien recibidos en las mismas, ya que se los percibía como una alternativa política e ideológica válida, en tanto no había algo que reprocharles -por su ausencia en la conducción de gobierno- mientras que apoyaban, se solidarizaron y estaban consustanciados con aquellas movilizaciones populares espontáneas.

Pese a ello, las profundas diferencias -de tipo dogmáticas, sobre las cuales Tarcus (2003) se explayó de manera acabada señalando la incapacidad de reformularse la izquierda argentina- que separan con un enorme hiato a las organizaciones de izquierda produjeron un efecto de cansancio y hasta hartazgo entre los asambleístas. Estos observaron con temor e indignación cómo eran utilizados por aquellos con fines espurios -el de "llevar agua para su molino"- que transcendían a los intereses de quienes las había convocado.

Esta actitud fue debida a que cada grupo pretendía aprovechar el clima de descontento generalizado juntamente con la propuesta de elaborar un nuevo modelo político y social que encauzara y pusiese orden en la situación caótica que se vivía y que había puesto al país al borde de la disolución terminal, como consecuencia de las perversas medidas económicas tomadas por el ex Ministro D. F. Cavallo -quien fuera el inventor del célebre "corralito"- por el cual se incautó los depósitos de ahorristas y empresarios que se vieron obligados a tener que cerrar sus fábricas y comercios por la falta de dinero en efectivo con el que debían afrontar los pagos a sus empleados y el mantenimiento de las empresas. Es decir, el "corralito" no afectó solamente a la clase media -o mediocre (Ingenieros, 1913)- como se lo pretendió hacer aparecer desde los órganos de prensa de la izquierda, sino que de manera indirecta castigó a los trabajadores que vieron -y sufrieron en carne propia- como de manera geométrica crecía el fantasma del desempleo y su consecuente pauperización, la cual terminó arrojando al país a una cifra de más de un 50% de la población viviendo bajo lo que eufemísticamente los economistas, que viven al amparo del establishment, definen como "por debajo de la línea de pobreza" (Rodríguez Kauth, 2003 y 2004).

Así fue que las organizaciones de izquierda, utilizando en las asambleas la vieja práctica estalinista de dilatar los debates con agotadores discursos sobre temas que desviaban el foco atencional de quienes se convocaron para una tarea específica, lograron que se acabasen las discusiones de los asambleístas a altas horas de la noche, es decir, en momentos en que la gente ya se había cansado -y hartado- de escuchar debates entre los representantes de aquellas diferentes organizaciones acerca de quién estaba más a la izquierda del otro y quien la representaba mejor. Por eso, finalmente, quedaban solamente en las plazas debatiendo aquellos a los que solamente les interesaba la lucha de consignas partidistas. Todo lo cual llevó a que las asambleas fueran perdiendo asistencia de público y se desmovilizaran por desgaste en poco tiempo más, al punto tal que hasta los célebres "cacerolazos" -que se hicieron famosos en el mundo por su trascendencia a través de los medios de prensa- se dejaron de escuchar por las calles porteñas y por las ciudades del interior (Svampa y Pereyra, (2003).

Asimismo -y haciendo un salto de histórico de un par de años hacia adelante, pero en las circunstancias que vengo relatando- cabe señalar que los candidatos que presentó la izquierda para la convocatoria a elecciones generales en el 2003 eran los más fieles representantes de la antigua y perimida clase política (Mosca, 1926), la cual era taxativa y rotundamente despreciada por el pueblo llano. De tal suerte fue que reapareció la decrepita -no se trata de un eufemismo, realmente ya lo estaba antes de morir- figura de Alfredo Bravo representando a la diluida socialdemocracia; la de Patricia Walsh por la Izquierda Unida, que es el nuevo nombre adoptado por el tradicional Partido Comunista y la Julio Altamira por el trotskismo que se presentaba bajo el nombre de Partido Obrero a más de un sinnúmero de ignotos candidatos de agrupaciones minúsculas.

Posiblemente de entre todos ellos haya sido la figura de Luis Zamora la del más talentoso dirigente en cuanto a tener ideas claras y de fácil transmisión hacia el electorado de cómo superar el estado de crisis terminal en que estaba sumido el país. Pero él no se presentó a las elecciones presidenciales, cuando en los estudios demoscópicos realizados a mediados de 2002 se perfilaba como una de las figuras más creíbles y honestas de entre el menú que tuvo electorado (8) para seleccionar.

De tal suerte, ninguno de los candidatos -a los que deben sumarse otros varios de agrupaciones menores- superó el 2% de los votos y -sumados todos ellos bajo un mismo rubro- no llegaron a alcanzar la discreta cifra del 5% del favor electoral de la población. La apabullante derrota, con la consecuente decepción en que se sumió la izquierda, fue el producto de las desavenencias irreconciliables de entre quienes debieran -se supone- atacar a los adversarios ideológicos, de clase, pero que se preocuparon más durante la

campaña electoral en hacerlo con una agresión feroz entre ellos para ver quien se quedaba con esa porción del electorado que se creía mucha, pero que ante tales dislates de los protagonistas prefirieron darles la espalda.

Esto fue por demás elocuente como signo diagnóstico y no deja lugar a dudas acerca de que pareciera que en Argentina -como en otras partes del mundo (del Río, 1999)- tiene plena vigencia el lema mantenido en reserva de que "para un zurdo no hay algo peor que otro zurdo".

Como resultado de esta parafernalia de mezquindades y bajezas políticas es que la izquierda volvió a perder una oportunidad histórica, política y social que se le brindó servida en bandeja de plata para recuperarse del alicaído protagonismo político que ha tenido durante los últimos sesenta años en el país. ¿Cuánto tiempo ha de pasar para que se le vuelva a ofrecer otra posibilidad cierta de recuperación? Francamente es una incógnita, pero seguramente han de transcurrir nuevamente muchos años para que eso suceda. Por el momento las banderas de lucha de la izquierda han sido tomadas y levantadas -parcialmente- por lo que se conoce como el "estilo K" de hacer política. Ellas fueron enarboladas por el actual Presidente Néstor Kirchner de raigambre peronista, tanto en lo que se refiere a sus políticas en el ámbito interno [\(9\)](#) como al internacional. Especialmente en este último acápite es donde les "robó" las consignas y propuestas a la izquierda, con su ya clásico -en solamente un año- durísimo enfrentamiento ante los organismos de crédito transnacionales, los que pretenden cobrar una deuda pública que fue la consecuencia de manejos poco transparentes -por lo corruptos- entre aquellas instituciones y el gobierno del menemismo, tal como muy bien lo destaca -entre otros autores- Stiglitz (2002).

Y en este punto nada mejor que recordar a Lenín (1906) cuando señalaba que los errores tácticos y estratégicos se pagan caros en los resultados finales. Pero aquí no es cuestión -ni mi propósito- terminar por derramar lágrimas sobre la leche perdida. Simplemente se trata de proponer el reemplazo de la caduca y egoísta dirigencia de la izquierda nacional por gente que no sean discípulos -en el sentido de que acatan la disciplina partidaria a pie juntillas y de manera acrítica (Rodríguez Kauth, 2001b)- de aquellos que ya cumplieron con su ciclo histórico, sino que los dirigentes de recambio han de estar convencidos de que la izquierda es todavía una alternativa válida para el mundo contemporáneo (Guisán, 1992) que requiere de una ética de la solidaridad por encima de la del individualismo imperante en un mundo pretendidamente globalizado. Asimismo, no debe olvidarse que el socialismo es una necesidad imperiosa mientras exista la injusticia social (Einstein, 1949). Esto lo logrará -tanto en Argentina como en cualquier parte del

mundo (del Río, 1999) siempre y cuando tenga la capacidad de enfocar al enemigo de clase y no perder el tiempo -valioso, por cierto- en peleas intestinas que lo único que han logrado hasta la fecha es el desgaste de los militantes y la pérdida de credibilidad por parte de aquel electorado al que se procura atraer.

Se trata de algo así como una suerte de compulsión a la repetición inconsciente (Freud, 1920), la cual se representa por una vocación manifiesta a arrojarse a un abismo oceánico, con lo cual le ha hecho perder el paso del tren que la historia política y social le ofrece.

Notas

1. Esto último es una exageración, pero bien vale para tener presente que el número de organizaciones que se autocalifican de izquierdas es prácticamente desconocido por su sucesivo fraccionamiento.
2. Un ejemplo ilustrativo tomado al azar es el de A. Blair -en Gran Bretaña- quien dice gobernar en nombre del socialismo pero no le caben empachos en aliarse con lo más cruel y vacuo del capitalismo contemporáneo, representado por G. Bush y sus halcones anidados en la Casa Blanca y el Pentágono.
3. Siendo éste último una década más tarde el primer Presidente democrático tras el derrocamiento de Perón y, paradojas de la historia y la política, accedió a la primera magistratura gracias a los votos prestados por Perón que estaba proscrito y exiliado en Caracas.
4. A esto -metafóricamente- en medicina se lo conoce como un estado "estable", lo cual en buen romance significa que no existe mejoría y, en consecuencia, el paciente está peor que el día anterior.
5. La represión policial dejó frente a la Casa de Gobierno en Buenos Aires -solamente allí- 27 muertos y centenares de heridos.
6. Que fue el producto de la movilización popular juntamente con el desastroso resultado de la derrota en el campo militar durante la Guerra de Malvinas, que fue el último manotazo de ahogado de una dictadura que hacía agua por todos lados y que esperaba que con un triunfo -caro al sentimiento de los argentinos- podría salvarse de una situación política que estaba en los últimos estertores de un moribundo.
7. El Parlamento fue renovado en las elecciones de 2003, aunque lamentablemente la renovación no fue tal, ya que volvieron la mayoría de los que estaban. Esto fue debido a que cada uno de ellos entendió la consigna de "que se vayan todos" como que se vayan todos los otros a mí ella no me alcanza. En cambio, la Suprema Corte de Justicia comenzó un proceso de depuración con el gobierno de Kirchner que -en una hábil maniobra- logró

someter a juicio político a los miembros más cuestionados, reemplazándolos por juristas con antecedentes más que suficientes para la delicada función a cumplir a la par que cada uno de ellos con una historia de vida intachable e irreprochable.

8. Quizás -es simplemente una hipótesis más visceral que científica- haya temido enfrentar una responsabilidad que no estaba seguro de poder encarar con éxito (Rodríguez Kauth, 2003b).

9. Las cuales están dejando bastante que desear. Esto es debido a que no se tienen políticas certeras para bajar los altos índices de desocupación, mientras que en un año de gobierno el nivel de pobreza sólo disminuyó alrededor de unos cinco puntos. Por otra parte, el quehacer político continúa por sus clásicos andariveles y la reforma que tanto se prometiera se está diluyendo en aguas de borraja.

Bibliografía citada

1. Bobbio, N. (1979). **Derecha e Izquierda**. Ed. Taurus, Madrid, 1995.
2. D'Adamo, O. y García Beaudoux, V. (1999). **Izquierda y derecha: ¿dos cajas vacías?** En: Oblitas y Rodríguez Kauth.
3. Del Río, E. (1999). **La Izquierda. Trayectoria en la Europa Occidental**. Talasa, Madrid.
4. Dubiel, H. (1994). "¿Pero qué es hoy todavía de izquierdas?". **Debats**, Valencia, N° 49.
5. Einstein, A. (1949). "¿Por qué socialismo?". **Monthly Review**, Nueva York, marzo.
6. Ferrater Mora, J. (1971). **Diccionario de filosofía**. Sudamericana, Bs. Aires.
7. Freud, S. (1920). **Más allá del principio del placer**. Amorrortu, Bs. Aires, 1992.
8. Galeano, E. (1985). **Contraseñas**. Del Sol, Bs. Aires.
9. Guisan, E. (1992). **La ética mira a la izquierda**. Tecnos, Madrid.
10. Guisan, E. (1993). **Ética sin religión**. Alianza, Madrid.
11. Lenin, V.I. (1906). "De nuevo acerca de un gabinete salido de la Duma". Obras Completas, Cartago, Bs. Aires, 1964.
12. Moscovici, S. (1981). **La era de las multitudes**. Fondo de Cultura Económica,

México, 1985.

13. Moscovici, S. (1985). **Psicología social**. Tomo 1, Paidós, Bs. Aires, 1986.
14. Oblitas Guadalupe, L. y Rodríguez Kauth, A. (1999). **Psicología Política**. México, Ed. Plaza y Valdés.
15. Rodríguez Kauth, A. (1994). **Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda**. CEAL, Bs. Aires.
16. Rodríguez Kauth, A. (2001). "Lectura de una renuncia presidencial anunciada: el caso De la Rúa". **Politeia**, Caracas, N° 27.
17. Rodríguez Kauth, A. (2001). "Izquierda y derecha en política". **Rev. Realidad**, El Salvador, N° 82.
18. Rodríguez Kauth, A. (2001b). "¿Quiénes son discípulos?". **La Ciencia y el Hombre**, Vol. 14, N° 1.
19. Rodríguez Kauth, A. (2003). **Elementos de economía para profesionales de la salud mental**. Topía, Bs. Aires.
20. Rodríguez Kauth, A. (2003b). **El miedo como motor de la historia individual y colectiva**. Eurotheo, Madrid.
21. Rodríguez Kauth, A. (2004). **Elementos de macroeconomía (para los que nada saben de economía)**. Ediciones Cooperativas, Bs. Aires.
22. Tarcus, H. (2003). "La izquierda Argentina es irreformable". **Tesis 11 Internacional**, Bs. Aires, N° 70.
23. Stiglitz, J.E. (2002). **El malestar de la globalización**. Taurus, Madrid.
24. Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). **Entre la ruta y el barrio**. Biblos, Bs. Aires.